

La cuestión ambiental en Marx

Si bien la cuestión ambiental en Marx fue motivo de su atención en términos discursivos, la naturaleza no fue una variable que formara parte integrante de su sistema económico. Marx contribuyó así a afianzar la separación ya iniciada por la economía política clásica entre lo económico y lo físico, por lo que su teoría económica muestra las mismas limitaciones para tratar la cuestión ambiental que la teoría económica estándar en tanto que ambas circunscriben sus elaboraciones al universo aislado del valor, manejan en lo fundamental la misma idea de sistema económico y comulgan con el mismo objetivo del crecimiento económico, al margen de la objetiva limitación de los recursos naturales y la finitud planetaria. Por este motivo, para descubrir antecedentes, más que rebuscar en la obra de Marx vestigios de preocupaciones ambientales, interesa mirar hacia el pensamiento protoecológico de otros autores que fueron descalificados por el marxismo como "socialistas utópicos", populistas y/o anarquistas.

La cuestión ambiental global interpela a las ideas económicas cualquiera sea su trasfondo ideológico. En efecto, es el metabolismo económico el que fuerza el deterioro ecológico mediante el doble proceso de extracción de recursos naturales y emisión de residuos sólidos, líquidos y gaseosos, afectando a toda la vida terrestre y provocando a su vez el cambio climático –en rigor, el calentamiento global que lo causa– que ya impacta de forma incuestionable a la humanidad en este siglo XXI. Todo indica que la temperatura media planetaria aumentará más de 2°C a fin de siglo –ya ha subido 1°C– con consecuencias desestabilizadoras del ecosistema global que afectarán a las condiciones de vida de la humanidad y al sistema económico mundial.¹

A todo esto, la “cuestión ambiental” –naturaleza, tierra, ecosistemas, recursos naturales– ha venido siendo soslayada por los enfoques económicos

Horacio Fazio es economista y doctor en Filosofía

José Manuel Naredo es estadístico y doctor en Economía

¹ Cambios sensibles de temperatura en la superficie terrestre y marítima, en zonas urbanas y rurales y en todas las regiones geográficas; aumento del nivel del mar, olas de calor, sequías, incendios forestales, inundaciones, mayor incidencia de eventos climáticos extremos, aumento de refugiados ambientales, afectación de la salud, pérdida de la biodiversidad, etc.

dominantes desde que los economistas clásicos del siglo XIX fueron marginando el protagonismo que otorgaban a la “madre-tierra” en el proceso de *producción* de riquezas los autores anteriores a Adam Smith, hoy llamados fisiócratas, que afirmaban que *producir* era “acrecentar las riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo” y no simplemente revender con beneficio. Pese a que los economistas clásicos desplazaron su atención desde el mundo físico hacia la creación de valores monetarios o de cambio, al advertir que la Tierra no crecía, diagnosticaron que el crecimiento económico se acabaría topando con un horizonte de «estado estacionario». Pero el optimismo tecnológico eclipsó ese horizonte al postular la posible sustitución, sin coste adicional alguno, de tierra por trabajo y capital. Y los economistas neoclásicos de finales del siglo XIX y principios del XX, al considerar este último como el factor limitativo último, expresable en dinero, cortaron definitivamente el cordón umbilical que unía al mundo físico la noción de sistema económico: el carrusel de la *producción* y el *consumo* (de valor) siguió así girando hasta nuestros días en el mundo aislado de los valores monetarios o de cambio.

La obra de Marx no debe abordarse presentándola como un cuerpo de ideas que se abraza o se rechaza en bloque al modo de fe religiosa; iría en contra del pensamiento crítico que el propio Marx trató de promover

Al haber ocupado el pensamiento económico de Marx un lugar muy relevante entre los críticos del *statu quo* capitalista como *alternativa* teórica de la economía convencional, es pertinente considerar cómo se presenta la *cuestión ambiental* en el pensamiento de Marx, sobre todo en su obra cumbre *El Capital*² de cuya primera edición del primer tomo en 1867 se cumplieron recientemente 150 años. Hay consenso en señalar que el pensamiento de Marx se construyó a partir de dos fuentes principales: la dialéctica de Hegel y la economía política de los clásicos, sobre todo David Ricardo. Así, en el tema que nos ocupa, está claro que Marx apoyó sus elaboraciones en la misma noción de *sistema económico* y las mismas categorías que lo soportan –*producción, consumo y trabajo*– que habían establecido los economistas clásicos. Nuestro propósito no es enjuiciar la obra tan copiosa y plural de Marx ya que no creemos que deba abordarse presentándola como un cuerpo de ideas que se abraza o se rechaza en bloque al modo de fe religiosa; iría en contra del pensamiento crítico que el propio Marx trató de promover. En lo que sigue, limitaremos nuestra reflexión al lugar que ocupan los problemas ecológico-ambientales en el pensamiento económico marxista y, para ello, transcribiremos pasajes relevantes de Marx en relación a la *cuestión ambiental* seguidos de nuestros comentarios, para poder arribar finalmente a una conclusión.

² K. Marx, *El Capital*, Tomo 1, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1971 [1867, 1873].

La naturaleza como un don

En el capítulo V del tomo I de *El Capital*, referido al proceso de trabajo y proceso de valoración, Marx expone: «*El hombre se encuentra, sin que él intervenga para nada en ello, con la tierra (concepto que incluye también, económicamente, el del agua), tal y como en tiempos primitivos surte al hombre de provisiones y de medios de vida aptos para ser consumidos directamente, como el objeto general sobre el que versa el trabajo humano*» [aquí, el propio Marx, reforzando su argumento, cita al economista escocés James Steuart, quien en sus *Principles of Political Economy* de 1770, afirmaba: «Los productos naturales de la tierra, pocos y totalmente independientes del hombre, son como una concesión de la naturaleza que podría compararse a esa pequeña suma de dinero que suele darse a los jóvenes para que trabajen y prueben su suerte»]. «*Todas aquellas cosas que el trabajo no hace más que desprender de su contacto directo con la tierra son objetos de trabajo que la naturaleza brinda al hombre. Tal ocurre con los peces que se pescan, arrancándolos a su elemento, el agua; con la madera derribada en las selvas vírgenes; con el cobre separado del filón. Por el contrario, cuando el objeto sobre que versa el trabajo ha sido ya, digámoslo así, filtrado por un trabajo anterior, lo llamamos materia prima. Es el caso, por ejemplo, del cobre ya arrancado del filón para ser lavado. Toda materia prima es objeto de trabajo, pero no todo objeto de trabajo es materia prima. Para ello es necesario que haya experimentado por medio del trabajo, una cierta transformación*».³ En el capítulo XIV –Plusvalía absoluta y relativa– Marx sostiene: «*Si prescindimos de la forma más o menos progresiva que presenta la producción social, veremos que la productividad del trabajo depende de toda una serie de condiciones naturales. Condiciones que se refieren, unas u otras, a la naturaleza misma del hombre, como la raza, etc., y a la naturaleza circundante. Las condiciones de la naturaleza exterior se agrupan económicamente en dos grandes categorías: riqueza natural de medios de vida, o sea, fecundidad del suelo, riqueza pesquera, etc., y riqueza natural de medios de trabajo, saltos de agua, ríos navegables, madera, metales, carbón, etc. En los comienzos de la civilización es fundamental y decisiva la primera clase de riqueza natural; al llegar a un cierto grado de progreso, la primacía corresponde a la segunda*».⁴

Los pasajes transcritos presentan la visión de Marx referida a la relación de la humanidad con la naturaleza y al rol del trabajo humano como transformador de los bienes que proporciona la misma. La naturaleza –los bienes que proporciona– se aprecia como un don que le es dado a la humanidad para su sustento, en el que las referencias a su elemental distinción entre flujos y stocks o a su composición y limitaciones brillan por su ausencia. El carácter de don de los bienes naturales, al ser proporcionados a título gratuito –referencia a Steuart– no requiere retribución alguna: es una apropiación sin valor de cambio.

³ *Ibidem*, p. 131; resaltado por los autores.

⁴ *Ibidem*, p. 428-9; resaltado por los autores.

Definitivamente, la naturaleza para Marx es un dato ajeno a su investigación, no una variable que forme parte integrante de la misma. Porque considera a la naturaleza pródiga en cuanto a los bienes que brinda a la humanidad, pero estéril en cuanto a la generación de valor. Esta caracterización básica de la naturaleza hay que encuadrarla a la luz de la interpretación que hacían Quesnay y los fisiócratas un siglo antes, que sí asignaban a la *madre-tierra* (tierra/naturaleza: recursos agrícolas, forestales, mineros, pesqueros) un papel activo como única generadora en última instancia de un excedente o saldo positivo de riqueza material y de valor monetario (aunque vieran que éste podía obtenerse también por simple apropiación, elaboración y reventa con beneficio de riquezas preexistentes). Resulta especialmente ilustrativa la referencia de Marx a un economista escocés como Steuart –precursor del también escocés Adam Smith y contemporáneo a su vez del fisiócrata francés Quesnay– ya que Marx toma del famoso *Tableau Économique*⁵ de este último el modelo de circulación económica, y con él la concepción global del *proceso productivo* y del *sistema económico*– sin asumir el rol preponderante que los fisiócratas le otorgaban a la tierra/naturaleza en la generación del valor. El aporte original de los fisiócratas consistió en construir su idea de *sistema económico* sobre un flujo circular de *producción* (y *consumo*) de *riquezas renacientes*, que suponían generadas por la *madre-tierra*. Y fue justamente el propio Marx quien advirtió la importancia analítica de este invento, pero reelaboró su propia *Tabla Económica*,⁶ sustituyendo totalmente el protagonismo de la *madre-tierra* por el del *padre-trabajo* en la creación de valor observada en el curso del llamado *proceso de producción*.⁷ Resulta claro que entre la interpretación ingenua de la naturaleza en Steuart –un don– y la interpretación de Quesnay y los fisiócratas –la naturaleza como sustento de la creación de valor–, Marx optó por Steuart.

Los bienes que brinda –*dona*– la naturaleza son objetos de trabajo transformándose mediante el mismo en materia prima. La productividad del trabajo depende entonces de las condiciones propias de la naturaleza circundante. Esta puede asumir dos formas de riqueza natural: de medios de vida –productos de la tierra y las aguas– que predominan en los inicios de la civilización y de medios de trabajo –aprovechamiento de recursos físicos localizados (por ej., vías navegables) y objetos naturales transformables en materias primas por el trabajo

⁵ Recordemos que Quesnay incluía en la cabecera de su *Tableau* como fuente “riquezas renacientes”, no solo la agricultura, los bosques y la pesca, sino también las minas. Pues en su época se creía que los minerales crecían y se perfeccionaban en el seno de la tierra y que los continentes dilataban sus límites, lo cual explica que estos autores quisieran priorizar la *producción* física de esas riquezas renacientes como base de su flamante idea de *sistema económico*, que luego perduraría ya descolgada del mundo físico, cuando la cosmología arcaica en la que se había apoyado, quedó sin respaldo científico a finales del siglo XVIII.

⁶ «Examina con un poco de cuidado, si con este calor puedes trabajar, el adjunto *Tableau Économique* con que yo sustituyo al *Tableau* de Quesnay, y dime las objeciones que te sugiere. El cuadro abarca el proceso de reproducción en su conjunto». Así encabeza Marx su carta a Engels del 6 de julio de 1863; *El Capital*, Tomo II, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1971, p. 469.

⁷ Véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Aries, Barcelona, 1971 [1954], p. 287

humano— que predominan conforme avanza el progreso humano.⁸ Ahora bien, si bien pudiera ser razonable atribuir el carácter de don indiscriminado a la riqueza natural de los medios de vida en *los comienzos de la civilización*; no lo sería conforme *al llegar a un cierto grado de progreso*, es decir, a los tiempos contemporáneos. Sorprende que en este último caso resulte una “robinsonada” considerar que la *madera, metales, carbón, etc.* son, en palabras de Steuart que Marx destaca y comparte, «*como una concesión de la naturaleza que podría compararse a esa pequeña suma de dinero que suele darse a los jóvenes para que trabajen y prueben su suerte*», cuando Marx utiliza críticamente ese término para impugnar el individualismo metodológico de los economistas de su época. En efecto, Marx utiliza también —al igual que los economistas de la época— la figura del navegante Robinson Crusoe⁹ naufragado en una perdida isla del Pacífico, con la única diferencia que mientras que los economistas buscaban definir los actos económicos de Robinson, a Marx le interesaba explicar la generación del valor a partir del trabajo de Robinson. En este sentido, Marx sostiene: «*Y ya que la economía política gusta tanto de las robinsonadas, observemos ante todo a Robinson en su isla (...) En su inventario figura una relación de los objetos útiles que posee, de las diversas operaciones que reclama su producción y finalmente el tiempo de trabajo que exige, por término medio, la elaboración de determinadas cantidades de estos diversos productos. Tan claras y tan sencillas son las relaciones que median entre Robinson y los objetos que forman su riqueza, riqueza salida de sus propias manos (...) y, sin embargo, en estas relaciones se contienen ya todos los factores sustanciales del valor*».¹⁰ Marx llega incluso a extender su análisis robinsoniano a una hipotética *sociedad de hombres libres* con propiedad colectiva de los medios de producción: «*En esta sociedad se repetirán todas las normas que presiden el trabajo de un Robinson, pero con carácter social y no individual*».¹¹ En suma, aplica el individualismo metodológico —los fenómenos sociales se explican por las acciones individuales— al campo de la economía, al igual que sus contemporáneos economistas; en ambos casos, con el auxilio de Robinson y su isla. Y en ambos casos se focaliza el análisis en Robinson por su trabajo o por sus actos económicos y no en la isla por sus bienes naturales, considerados estos, en ambos casos, como un don difuso, que no preocupa esquilmar ni cuidar, ya que se trata de un análisis ahistórico a pesar de estar localizado territorialmente en una isla —porción planetaria delimitada por definición— cuyos

⁸ Podría interpretarse que los medios de vida serían característicos de la etapa humana nómada de caza y recolección, mientras que los medios de trabajo serían propios de la etapa sedentaria que se inicia hace 10.000 años con la actividad agraria.

⁹ *Robinson Crusoe* es una novela del escritor inglés Daniel Defoe, publicada en 1719 que narra las peripecias de un naufrago en una isla. En tiempos de Marx, los economistas convencionales utilizaban —y lo siguen haciendo hasta hoy— como analogía las elecciones de Robinson en su accionar cotidiano para definir los actos económicos según tuvieran el objetivo de producción y consumo de los bienes a su alcance en la isla, de los actos no económicos dedicados al ocio. «*Los economistas modernos hacen especular aun a Robinson Crusoe sobre lo que implica la elección que consideran como la esencia de la economía; pero todo lo que la antropología enseña es que el primer teorizar del hombre se refería a lo que los economistas contemporáneos llamarían aspectos técnicos del proceso de satisfacción de las necesidades*». E. Roll, *Historia de las doctrinas económicas*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1994 (1938-1992).

¹⁰ K. Marx, *op.cit.*, tomo I, 1971, pp. 41-42; resaltado por el autor.

¹¹ *Ibidem*, p. 43; resaltado por el autor.

recursos naturales son acotados, al igual que los recursos de todo un planeta limitado. Ciertamente es que el análisis de la limitación de los recursos resulta innecesario cuando, como en este caso, los mismos son considerados dones indefinidos, según quedó dicho, y que ese análisis hubiera requerido enfoques multidimensionales y transdisciplinarios que escapaban al universo unidimensional de los valores monetarios o de cambio en el que se desenvolvía la noción usual de *sistema económico*. El uso creciente a través del tiempo de estos recursos isleños, objetivamente limitados, por parte de Robinson –y por extensión, el uso creciente a través del tiempo de los recursos planetarios objetivamente limitados por parte de la humanidad–, pasaría a ser una cuestión irrelevante y por lo tanto no es objeto de análisis desde una perspectiva ahistórica como la expuesta que, recordemos, aun hoy conforma una introducción obligada en los textos de economía al uso. El interés del análisis de los actos individuales –al modo de Robinson– a la par del desinterés y abandono del estudio de la economía en tanto que proceso a la vez de carácter físico y social, analizable en términos de metabolismo y de instituciones, es coherente con el pensamiento económico que se fue conformando en la segunda mitad del siglo XIX que desembocó en el marginalismo de los economistas neoclásicos, que priorizó la teoría subjetiva del valor y el análisis del *consumo* por sobre el de la *producción*. De todas maneras, resulta reveladora la defensa que hace Marx de su teoría del valor en el terreno analítico prestado por sus recién mencionados economistas contemporáneos, que impulsaban el individualismo metodológico robinsoniano.

¿Alguien puede sostener seriamente que en el mundo de hoy el aire (sano y saludable) y el agua (potable) son bienes con valor de uso pero sin valor de cambio? Seguramente este interrogante no se planteaba en tiempos de Marx

Naturaleza, valor y trabajo

En el inicio de *El Capital*, con el análisis de la producción de la mercancía y el valor de cambio (equivalencia de intercambio entre las mercancías), Marx sostiene: «Un objeto puede ser valor de uso sin ser valor (de cambio). Así acontece cuando la utilidad que ese objeto encierra para el hombre no se debe al trabajo. Es el caso del aire, de la tierra virgen, de las praderas naturales, de los bosques silvestres, etc.¹² (...) Para producir mercancías, no basta producir

¹² Es inevitable aquí la referencia a Locke (Marx ya lo cita en la primera página de *El Capital*) para quien el trabajo era el que le infundía valor a la tierra virgen e inexplorada, aparte de legitimar su propiedad: «Es el trabajo, entonces, lo que pone la mayor parte del valor en la tierra, y sin él escasamente valdría nada; a él le debemos la mayor parte de los productos útiles de la tierra»; J. Locke, *Segundo Ensayo sobre el Gobierno Civil*: Buenos Aires, Losada, 2002 [1689], p. 35. Hobbes, antes que Locke, ya había planteado el tema: «En cuanto a la materia de ese alimento, que consiste en animales, vegetales y minerales, Dios los ha dispuesto libremente ante nosotros, dentro o cerca del rostro de la tierra; por lo tanto no hace falta más que trabajo e industria para su obtención». T. Hobbes, *Leviatán*, Editora Nacional, Madrid, 1969 [1651].

*valores de uso, sino que es menester producir valores de uso para otros, valores de uso sociales.»*¹³ Ya desde el inicio de su obra principal, Marx relaciona valor de uso, valor de cambio y trabajo. Respecto a los valores de uso y de cambio, su diferenciación se remonta a Aristóteles –y aún antes– quien ya distinguía el valor de uso en cuanto que utilidad directa por el uso de un bien, del valor de cambio de un bien por su condición de intercambiable con otros bienes.¹⁴ Marx opta por la explicación económica tradicional vigente de diferenciar el valor de uso del valor de cambio poniendo en juego a la naturaleza, esto es, el *aire, la tierra virgen y las praderas naturales, los bosques silvestres, etc.* (en cuanto que dones) como ejemplos de valores de uso sin valor de cambio, el cual viene dado por el trabajo “incorporado”. Es la misma interpretación económica convencional que llega hasta nuestros días (ejemplificando con el aire y el agua), tal como se sostiene en los libros de introducción a la economía al uso al caracterizarse los bienes libres como bienes no económicos, entre otras causas, por su abundancia. ¿Alguien puede sostener seriamente que en el mundo de hoy el aire (sano y saludable) y el agua (potable) son bienes con valor de uso pero sin valor de cambio? Seguramente este interrogante no se planteaba en tiempos de Marx. Pero sí existía el antecedente de la concepción fisiócrata en la que la tierra/naturaleza tenía un rol primordial con la cualidad exclusiva de generar valor en el proceso económico. El argumento de Marx requería librarse del discurso de *no pocos economistas*. De tal manera que agrega: «Hasta qué punto el fetichismo adherido al mundo de las mercancías, o sea la apariencia material de las condiciones sociales del trabajo, empaña la mirada de no pocos economistas, lo prueba entre otras cosas esa aburrida y necia discusión acerca del papel de la naturaleza en la formación del valor de cambio. El valor de cambio no es más que una determinada manera social de expresar el trabajo invertido en un objeto y no puede, por tanto, contener materia alguna natural, como no puede contenerla, v. gr., la cotización cambiaria (...) ¿Acaso hace tanto tiempo que se ha desvanecido la ilusión fisiocrática de que la renta del suelo brotaba de la tierra y no de la sociedad? (...) Hasta hoy, ningún químico ha logrado descubrir valor de cambio en el diamante o en la perla».¹⁵ Es evidente que a Marx le fastidiaba particularmente la cuestión del rol de la naturaleza en la generación del valor, porque su consideración escapaba al reduccionismo propio del enfoque económico ordinario, que se circunscribía al universo de cerrado de los valores monetarios o de cambio. No es que a Marx no le importara la naturaleza o la cuestión ambiental en términos generales, sino que simplemente la misma no era objeto de su investigación, centrada en la construcción social del valor de cambio. Mas allá de su concepción de la tierra/naturaleza en cuanto que *don*, reconocía su evidente rol en el *proceso productivo*, pero negando que en sí misma tenga o pueda atribuírsele valor de cambio. Tenía claro que el capitalismo explotaba tanto al “hombre” como a la “naturaleza”, pero en cuanto a esta última, se trataba de un interés general y no

¹³ K. Marx, *op.cit.*, tomo I, 1971, p. 8; resaltado del autor.

¹⁴ Aristóteles, *Política*, I, 9, 1257 a)

¹⁵ K. Marx, *op.cit.*, tomo I, 1971, p. 46-47; resaltado del autor.

interpretativo a los efectos de su construcción teórica: *«En su producción, el hombre solo puede proceder como procede la misma naturaleza, es decir, haciendo que la materia cambie de forma. Más aún. En este trabajo de conformación, el hombre se apoya constantemente en las fuerzas naturales. El trabajo no es, pues, la fuente única exclusiva de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es, como ha dicho William Petty, el padre de la riqueza, y la tierra la madre»*.¹⁶ *«Por tanto, la producción capitalista solo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre»*.¹⁷ Al hacer suyo el comentario de Petty, reconoce que el trabajo sin la tierra/naturaleza no podría producir riqueza material, aunque solo le asigna el rol activo de creador de valor al trabajo y no a la tierra/naturaleza que cumpliría un rol pasivo. Justamente por ello se vio obligado a sumarse a la caracterización preponderante de considerar a los bienes naturales como dones; bienes preciados, sí, pero sin valor en sí mismos. Pero además Marx llega a pasar por alto el carácter limitado de la naturaleza en cuanto expresión de un planeta finito, cuestión ya discernible en su época atento al estado de la ciencia y el conocimiento en general: *«Cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: de cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades»*.¹⁸ Es que justamente, más allá de los aspectos distributivos, los tiempos en que *corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva* son absolutamente impensables en el marco de la limitación de los recursos naturales y su progresivo agotamiento o deterioro. Limitación que obliga a abordar el deseable objetivo de una sociedad mundial inclusiva con nuevos instrumentos de análisis que contemplen el inevitable trasfondo de la disputa por los recursos remanentes, entendidos estos en sentido amplio, tanto por los recursos naturales no renovables, como de la limitación de la capacidad de ciertos servicios o funciones del ecosistema global como, por ejemplo, la capacidad de la atmósfera terrestre para absorber los gases de efecto invernadero en relación al cambio climático.

Lo cierto es que, desde entonces, segunda mitad del siglo XIX, ambas teorías económicas –la estándar, de base marginalista neoclásica, vigente hasta hoy como corriente principal, así como la marxista– coinciden en aislar el análisis del proceso social de la *producción* (de

¹⁶ K. Marx, *op.cit.*, tomo I, 1971, p. 10; resaltado del autor.

¹⁷ K. Marx, *op.cit.*, tomo I, 1971, p. 424.

¹⁸ K. Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, Editorial Ricardo Aguilera, Madrid, 1968 [1875]; K. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas en tres tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1974, t. III, p. 15.

valor) de sus fuentes materiales y energéticas provenientes de la naturaleza y de sus resultados esquilmanes y/o contaminantes. Schumpeter resume bien las posturas de Quesnay y Marx, y por extensión, la de la economía convencional: «Al modo como Quesnay no ve producción de plusvalía más que por parte de la tierra, Marx no la ve más que en el caso del trabajo. Ninguna de las dos construcciones reconoce productividad al capital –en el sentido de instalación, equipo y material–, el cual es en cambio conductor o cristizador de plusvalía ya producida, por la tierra o por el trabajo, y no añade nada por sí mismo».¹⁹ De esta forma, ni el análisis económico marxista ni el análisis económico clásico/neoclásico consideraron a la naturaleza como generadora de valor –ambos desecharon la interpretación fisiocrática de la tierra/naturaleza– centrándose la polémica en enfrentar, en el universo aislado del valor, las dos teorías tradicionales: la teoría del valor subjetiva de la utilidad marginal –prevaleciente en la corriente principal– y la teoría del valor objetiva del trabajo. Schumpeter, a quien no se le escapó la importancia de la cuestión, refiriéndose a la certera intuición fisiocrática al respecto, no tuvo más remedio que aceptarla “bajo protesta” de oportunidad, dado que a su criterio carecía de utilidad para el análisis económico convencional: «Pero observemos –dice– que a pesar de todo que no es tan extravagante el considerar una economía como una máquina alimentada con materiales del seno de la naturaleza y que elabora simplemente esos materiales sin añadirles nada: la única cuestión que se suscita es si la analogía es útil o no».²⁰

Desde la segunda mitad del siglo XIX, tanto la teoría económica estándar, de base marginalista neoclásica, como la marxista coinciden en aislar el análisis del proceso social de la producción de sus fuentes materiales y energéticas provenientes de la naturaleza y de sus resultados esquilmanes y/o contaminantes

Conclusión

Marx contribuyó a afianzar la separación ya practicada por la economía política clásica –continuada por la neoclásica y la actual corriente principal– entre lo *económico* y lo *físico*. Como consecuencia de ello, la teoría económica de Marx tiene las mismas limitaciones para tratar la *cuestión ambiental* que la teoría económica estándar ya que ambas circunscriben sus elaboraciones al universo aislado del *valor*, manejan en lo fundamental la misma idea de *sistema económico* y comulgan con el mismo objetivo del *crecimiento*

¹⁹ J.A. Schumpeter, *Op. cit.*, (1971 [1954]), p.282.

²⁰ *Ibidem*.

económico, al margen de la objetiva limitación de los recursos naturales y la finitud planetaria. Así, la influencia del marxismo en el socialismo real del siglo XX contribuyó extender la fe en el *desarrollo de las fuerzas productivas*, unida a la despreocupación por la *cuestión ambiental*. Si bien la *cuestión ambiental* en Marx fue motivo de su atención en términos discursivos, en lo que hace concretamente a los recursos de la tierra/naturaleza requeridos en la producción de mercancías y generación de la plusvalía capitalista, los mismos solo fueron parte de su construcción teórica del valor en cuanto que dados e ilimitados, esto es, un *don*, coincidiendo con la interpretación dominante de su época. No existen instrumentos de análisis y/o interpretación en Marx que puedan ser aplicados al problema ambiental y a la gestión de los recursos naturales. Preguntarse si Marx estaba al tanto del avance del conocimiento científico de su época –que sí lo estaba– cuando ya se avizoraba la inexorable limitación de los recursos naturales y energéticos del planeta, es atentar contra su probada erudición y conocimiento multidisciplinario siempre actualizado a lo largo de su vida. Simplemente, la *cuestión ambiental* –entendida como condicionante del proceso económico– nunca formó parte de su plan de investigación, ni de su idea de sistema económico.

Ahora que la toma de conciencia de crisis ecológica induce a idear soluciones y a buscar antecedentes intelectuales de estas preocupaciones, sugerimos que más que rebuscar en la obra de Marx vestigios de las mismas, interesa mirar hacia otros autores que fueron descalificados por el marxismo como “socialistas utópicos”, populistas y/o anarquistas. Pues entre ellos aflora una larga trayectoria de pensamiento protoecológico, a menudo aderezada con preocupaciones feministas: «De hecho, esta tendencia disidente ha sido ignorada, marginalizada, e incluso combatida por las corrientes hegemónicas, que han visto a menudo en la ecología un conservadurismo tradicional o un romanticismo reaccionario... Si los “enemigos” de la “sociedad ecológica” se encuentran del lado de las fuerzas del capitalismo, sería falso y peligroso olvidar que también forman parte de la historia de la misma izquierda y del socialismo en sus orientaciones mayoritarias, todavía presentes».²¹

²¹ S. Audier, *La société écologique et ses ennemis. Pour une histoire alternative de l'émancipation*, Éd. La Découverte, Paris, 2017.